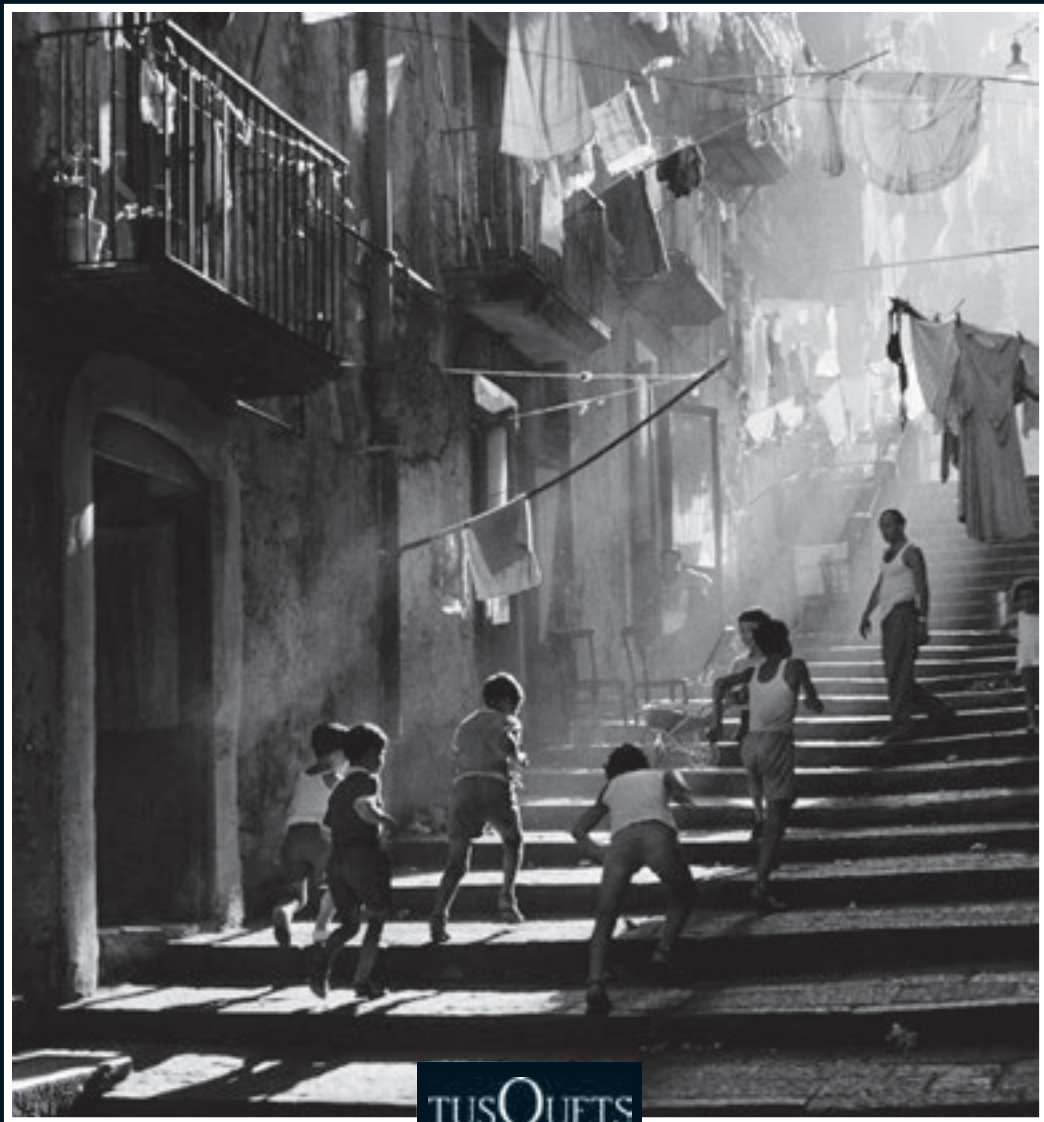


Wanda Marasco

UN CORO DE ALMAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

WANDA MARASCO
UN CORO DE ALMAS

Traducción de Carlos Gumpert

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *La compagnia delle anime finte*

1.ª edición: mayo de 2018

© 2017, publicado por vez primera en Italia, por la editorial Neri Pozza. Edición publicada por acuerdo con Grandi & Associati

De la traducción: © Carlos Gumpert Melgosa, 2018
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-538-1
Depósito legal: B. 7.332-2018
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S.A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Se llamaba Vincenzina Umbriello y había acarreado ese nombre como un trueno en la casa de vico Unghiato, en el tercer piso del número 53.

—Bebe, ma', bebe.

Las últimas palabras se las he dicho mientras me afano en meterle una pajita en la entumecida comisura de la boca. Pero ahora la observo. Empiezo a ver en la carne agonizante las huellas de todas las acciones pasadas. Ese pequeño garabato de azúcar endurecido que le queda en el babero desde el último desayuno, la punta de los pies esculpidos bajo la sábana que hace que parezcan garras reclinadas, el ribeteado de las clavículas, tal vez aún tibio, la luz de la habitación, obligada a reclutar algunas partículas ciegas, sin verdadero impulso, el derrumbe general del pánico sobre la carne con la que ha vivido, los incisivos que sobresalen con una pequeña cresta amarillenta, el pelo enredado en un perfecto silencio, los ojos cargados de una llovizna atrancada, los labios grapados entre dos canalillos de piel, las manos hundidas en la inacción, una recta, la otra ligeramente retorcida como en un error de maniobra.

—Ma', tengo que decirte una cosa.

No soy yo la que habla. Es el miedo. Un aliento atemorizado está pasando entre su cuerpo y el mío.

—*Fa' ampresa, sto murenno,** date prisa, me estoy muriendo.

Tal vez no se haya dado cuenta. No nota que ya está muerta, que me está respondiendo desde una cama de hojas, que su voz se desliza bajo las baldosas y luego asciende como un aliento atrincherado a lo largo de la pared.

—Ma'...

—Qué...

—Tengo miedo.

—¿De qué? Habla, *fa' ampresa.*

No se ha dado cuenta. Tampoco de que estoy sentada al lado de la ventana, a un metro de la cama. Que sigo observándole el cuerpo, la explanada de la frente, el gris y el azul dentro de sus ojos, aparte de esa otra clase de blanco, el alabastro y el yeso.

En su cuerpo ha quedado el dibujo de los callejones que recorrimos juntas, semisótano tras semisótano.**

—Ma', empezó aquí, junto al cristal...

* Para reflejar mejor el sabor local del habla y la jerga popular de ciertos personajes dejamos algunas frases y expresiones en siciliano, con su traducción inmediata. (*N. del T.*)

** El semisótano (*vascio*, en napolitano) es una típica infravivienda de reducidas dimensiones, de una o dos piezas, semienterrada y con acceso directo a la calle; característica de los barrios populares de Nápoles, simboliza el deterioro urbanístico y social, y pese a los esfuerzos gubernativos y a su reconversión parcial en locales, sigue utilizándose como vivienda. (*N. del T.*)

Un viejo otoño entra en escena.

Hay una lámpara imaginaria que envuelve el callejón y la casa. Los átomos de la toba van desde las cuevas hasta las losas de piedra volcánica de la calle y custodian una espiral de espectros y pajarillos. La mitad de los cristales es mar. Agua acuclillada dentro de un foso, entre el volcán y el golfo. Se ven los buques mercantes con los costados negros, la popa orientada hacia el horizonte y la proa hacia los quioscos de los muelles. La otra parte del vidrio pinta el estrangulamiento de los edificios y de los adoquinados. A continuación se yergue la colina con las casas viejas, seguidas palmo a palmo por el casquete del cielo. También nuestra casa es vieja, como todas las del callejón. Enormes edificios que mandaron construir los nobles y los médicos para combatir la tisis y poder venir aquí a respirar aire puro. Siempre la he sentido como una casa imaginaria, suspendida en un suplicio sobre las cuevas de Miradois y de Cristallini. Idéntica a las demás, con sus rampas y los jardines pegados a mis huesos. No puede haber asignación mejor para que mi madre esculche, ahora que está muerta. Esta reparación de un

error de una criatura a otra. Hasta su cama. Que, según los recuerdos, está hecha de toba, con restos de barro, de perejil petrificado, ajos y cebollas, frutos de terracota depositados a sus pies. Cosas de apoyo, que pertenecen a una forma de nutrición ideal entre vivos y muertos.

Está descendiendo por Centoscale, con los ojos clavados en el suelo. Hay caracoles pegados a la muralla y una columna de nubes bajas sobre su cabeza. Vengo enseguida, quietecitos, nos dijo a mí y mis hermanos antes de salir. No volverá enseguida. Tiene que caminar por la espiral de la rampa retorcida y por los callejones, proseguir descalza si se le rompe el tacón, rozar los barriles delante de las bodegas, detenerse en los tabernáculos, entrar en los ojos de los asnos atados a los carros de la fruta, doblar las esquinas de los claustros abandonados, pasar por debajo de las cestas colgadas de los balcones, secundar con las plantas de los pies las serpentinas de los callejones, dar vueltas y vueltas rodeando los canales en las ingles de la ciudad. Tiene que resistirse a las llamadas ambulantes, al deseo de robar un pollo huido de uno de los semisótanos, de arramblar con algo de los capazos,* de responder a un insulto o a un piropo subido de tono, de sentarse a descansar en el borde de una fuente seca,

* En los callejones del viejo Nápoles era tradicional colgar de los balcones grandes capazos que se bajaban hasta la calle para que los vendedores depositaran en ellos sus mercancías. (*N. del T.*)

de observar con deseo las combinaciones de tela semitransparente parecidas a un velo, debe mostrarse acalorada a la hora de pedir una rebajita, debe ir por la sombra, bajo los soportales, salir por un fundago de telas que acorta el camino, comprar lo que hace falta, pasar a través de un canto obscuro y de una procesión de cirios humeantes en el callejón dei Cristallini, quedarse impasible ante un mendigo que le cierra el paso, decir no tengo nada, o no terciar palabra, sino imprecicar entre dientes *'stu muorto 'e famme, iesse a fatica'*, maldito muerto de hambre, ponte a trabajar, y volver con el peso de las bolsas repletas, las sardinas, las patatas, la fruta, la cebolla, el ajo, todo lo necesario para alimentarlos y para que suelte de vez en cuando un suspiro hacia lo alto, en la cuesta que le queda por recorrer antes de llegar a casa.

Camino detrás de ella y poco a poco voy descubriendo la piedad. La que siento por mí y por ella. Por estas murallas de los callejones que sirven de costados a las montañas, por las grietas, los jardines, los garitos, los peñascos, las cuevas. Mi madre camina con un paso misterioso. Sabe que bajo las losas está el pueblo antiguo. Una vez vio la entrada en el semisótano de Sisina, la estraperlista que vive en el número 133 del barrio de Cristallini. Yo también estaba allí. Sisina abrió una puerta oculta detrás del cabecero de la cama.

—Mira, Vincenzí, hay una escalera... Me da un miedo... Solo ha bajado el dueño del edificio con los del ayuntamiento. Dice que un día se pondrán a excavar, que aquí, debajo de nosotros, hay un monto-

nazo de cuevas, que llegan hasta Capodimonte... Ahí están los muertos, Vincenzí...

Era un agujero impregnado de polvo milenario. Sissina guardaba junto a las paredes de la entrada orinales viejos y palos de escoba. Mi madre, decidida, escrutó en la oscuridad, sin divisar huesos o melancolías de tumbas. Dijo con expresión absorta, en voz baja:

—*Chiudite, donna Sisi, ccà saglieno 'e zoccole.* Cerrad, doña Sisi, que van a salir las ratas.

Pero en el camino de vuelta permaneció en silencio y con los ojos clavados en el suelo más que de costumbre, atenta a cualquier centelleo que asomara entre las grietas de las losas.

Fantaseé pensando que los ventanucos, los portales, los empedrados, los arcos, los balcones, los puestos callejeros, las mercancías, las multitudes, la mugre, los chiquillos, los comerciantes, los semisótanos y los edificios, junto a las plantas de nuestros pies, estaban sirviendo de techo a una ciudad oculta bajo tierra.

El fuego. Ahora estoy mirando a mi madre que baja al mercado envuelta en llamas. El sol de la mañana le ha dado esa aureola de fuego y ella se ha convertido en una sombra con una gran luz a su alrededor. Tal vez no sea siquiera una luz terrestre. Así es como la veo y la sigo hasta las ollas y los platos del último tenderete.

De niña, yo estuve en el subsuelo de la ciudad, en cuarto de primaria. El maestro Nunziata era de esos

a los que gustaba hacer de guía en las visitas escolares. Aquella vez fuimos a los hipogeos de los Cristallini. Una fila de niñas y otra de niños. Annarella, mi compañera de pupitre, iba saltando alegremente como si caminara por una calle cualquiera. Los Cerasuolo, la escoria del callejón y del colegio, escupían al suelo y les levantaban las faldas a las chicas. Nunziata iba delante de todos, alto y delgado, recitando la gran aventura. Agitaba los brazos para que el drama que nos contaba sonara sublime y delictuoso por encima de nuestras cabezas. Hombre embelesado, de silueta acecinada, ropa holgada de maestro solitario y algo chalado, tenía cara de campesino, dramatizaba su gesto como un mago trastornado cuando explicaba algo. Llevaba el pelo corto y fino, afeitado a cepillo. Cada una de sus clases acababa con alguna extravagancia que hacía pensar que hasta ese momento había mentido en todos sus razonamientos. Cuando llegamos a los agujeros a los que él llamaba habitaciones, nos dijo que tuviéramos cuidado y no tocáramos nada.

—*Maestro, e ch'avimm' 'a tucca', ccà ce sta sulamente póvera!* Maestro, ¡y qué quiere que toquemos si aquí no hay más que polvo!

—Cerasuò, esto es historia, ¿te enteras? ¡Historia!

Angiulillo Cerasuolo se quedó callado porque el maestro había esgrimido el dedo amenazador alrededor de la nariz, y porque regresar a una oscura existencia después de cada reproche era uno de sus dones. Sin ser visto, Angiulillo era capaz de hacer cualquier cosa. Nunziata se detuvo frente a las camas esculpidas

y empezó a explicárnoslo todo. Dijo que estábamos caminando a once, doce metros por debajo de la ciudad, por encima de otra tierra, que todo había empezado después de un diluvio. El barro se derramó sobre los soportales, en el interior de las cisternas y de los templos. Sobre todo lo que quedó enterrado, en espera de ser excavado algún día, se extendió una especie de destino sobrenatural. Nosotros estábamos dentro de él. Teníamos que aceptar ese destino, y esforzarnos por escucharlo como si la tierra abriera la conciencia.

Habían colocado las cosas sagradas dentro de los nichos, revestidos con trozos de tela y estratos de paja. El fragor llegó desde lo alto como si la tierra estuviera hundiéndose. Nunziata calculó fríamente: tiempo había habido. Tiempo para sacar el cuerpo de la muchacha y llevarlo en procesión hasta el sepulcro. La riada que bajaba con cada tormenta por la ladera de Capodimonte se comportaba como todos los años, con algunos momentos de desaceleración entre terraza y terraza y un caudal más impetuoso donde no encontraba obstáculos ni explanadas.

Nunziata estaba loco. Hacía que nos imagináramos a la chica muerta, al asno que reconocía con los ojos cerrados el recorrido y la tierra que había arrollado árboles y animales. Dijo que la riada avanzaba, dejando sombras inmensas en la pendiente, y acababa en el valle de los muertos que ahora se llamaba piazza dei Vergini. Desde ese llano en forma de sol en el que

confluían radialmente los callejones, alcanzaba a cubrir la necrópolis y los mercados, y luego la fuga de los templos de una oleada de *femminielli*,* o los llamados *hombres castos*. Todo quedó enterrado por el barro, que se endureció al cabo de pocos días porque nadie consiguió palear a tiempo la masa que había penetrado en las cisternas y en cada hondonada. Pero la procesión se las apañó para colocar el cuerpo y las ofrendas. Se dirigía hacia Cristallini, siguiendo una calle que por entonces era de tierra segura. Por suerte, el lodo se deslizaba lentamente a lo largo de dos canales de drenaje. La procesión seguía al asno. Cuando pasaba el asno enjaezado de hiedra y de rosas, las mujeres quejumbrosas iban detrás de él. Alargaban las vocales por la pena: *aaaah uuuuh ooooh*. Después golpeaban con sus manos la base de las imágenes de los dioses y los lamentos discurrían como los acentos de un poema, desde la pasamanería azul al dedo gordo del pie de la niña. El maestro tradujo una inscripción grabada en la capa de cal de la pared. Y lo hizo a su manera, porque las letras eran muchas, y él las redujo a unas pocas palabras. Es un padre. Maldice a quien intente robar el sepulcro de su hija. Los Cerasuolo murmuraron: «*Gagliu', ccà sotto fete 'e pisciazza! ¡Chavales, aquí abajo apesta a meadas!*». Annarella entrecerró los ojos, como dos rendijas. Era la señal de que tenía una dia-

* El *femmenèlla* o *femminiello*, un varón homosexual de marcada actitud femenina, es una figura tradicional de la cultura napolitana. A diferencia de otros lugares, se integraba sin dificultad en el tejido social de los barrios populares. (N. del T.)

blura en la cabeza. Tan pronto como Nunziata volvió a la cabeza de la fila, ella se acostó en la cama de piedra para profanarla a base de bien y me soltó la primera pregunta de esta historia.

—'O tiene 'o curaggio 'e te stènnere?

No, no tuve valor para tumbarme. Pero en casa pensé en aquello hasta el ocaso.

Cada vez que llegaba el ocaso, mi madre decía: «*Iateve a cucca', è notte*. Id a acostaros, que es de noche». Y nos mandaba a dormir como pollitos. Yo me tumbaba en mi cama y tenía que creerme que era de noche, porque era ella la que manipulaba el tiempo y el átomo de la creación. Cerraba las puertas y se marchaba. Esa noche soñé con el pasaje secreto en el que la oscuridad y mi madre eran una misma cosa.

Yo caminaba bajo las bóvedas de la necrópolis. Delante de mí estaba Nunziata, que les decía a los chiquillos invisibles: «¡No os separéis, quedaos juntos!». Pero allí solo estaba yo. Nunziata desaparecía de repente en un pasadizo. Y yo reconocía inmediatamente la sombra porosa. Era diminuta, con el cabello ondulado. Caminaba siguiendo la muralla con las bolsas de la compra en la mano.

—Ma', ¿qué haces aquí abajo?

—La compra.

—Vámonos.

—No. Me hacen falta *pummarole*, *mandarini e patane*, tomates, mandarinas y patatas.

—Ma', aquí no hay de eso.

—Hay, hay, claro que hay...

Mi madre se dirigía a un tenderete hundido que el polvo se había tragado hasta convertirlo en piedra. El candil alumbraba vivazmente, y las granadas, las uvas y el membrillo estaban perfectamente colocados dentro de los cuencos.

—No te muevas de aquí, que luego vendré a recogerte...

Allí abajo vi a la perfección el pasaje secreto que conduce de la vida a la muerte. Era Vincenzina Umbriello en busca de comida y de luz.